

Diciembre: Los días festivos.

Diciembre es el mes de las fiestas. El año termina y las reuniones para celebrarlo se multiplican: con compañeros de trabajo, con amigos, y fundamentalmente en familia.

Se celebra el final de un año, pero también se celebra el comienzo de otro. Es sugestivo que terminemos y comencemos festejando, da un matiz especial –y feliz- al paso del tiempo.

Sin embargo, no todo es tan alegre en la experiencia concreta y viva de cada persona. Dicen que es porque fin de año es época de balances, y no todos los balances son tan buenos. Dicen que es porque “hay que” reunirse con la familia (con TODA la familia) y no todas las familias son TAN felices cuando están juntas. Dicen, dicen...

Sin embargo, existen las comidas succulentas y los brindis. Existen también los regalos, hechos con mayor o menor esmero, con más o menos dedicación y compromiso afectivo.

No queremos que el festejo, por difícil que sea, se nos ahogue por completo. Queremos creer que todavía hay algo que celebrar, o al menos que “la mesa está puesta” para que la celebración tenga lugar... ¿Por las dudas?

¿Cómo conectarse o reconectarse con lo festivo de este mes de diciembre?

Más allá de las fiestas como ritual religioso, que tienen su sentido particular, estamos hablando de las fiestas como situación social, y aquí las respuestas pueden ser variadas, claro está, como siempre que hablamos de cuestiones humanas.

Sin embargo, en algunas de las cuestiones antedichas podemos encontrar algunos caminos para tomar:

- Si hay balance, sea éste positivo o negativo, quiere decir que también es una excelente oportunidad para hacer proyectos. O sea, oportunidad para reinventarse, para confiar y apostar a lo nuevo. Un mal balance no condiciona los proyectos futuros –no necesariamente al menos- aunque muchas veces nos dejamos llevar por el ánimo negativo y creemos firmemente que es así.
- Si la familia no es una buena compañía, podemos aprovechar para intentar que lo sea –tal vez sea el mejor momento para hacerlo- o desatarnos de los mandatos sociales –¿y familiares?- que nos dicen que *tenemos que* pasar las fiestas con ellos.
- Si “la mesa está puesta”, lo más sensato y práctico, lo más inteligente –emocionalmente hablando- es aprovecharla y servirse lo que hay para comer: desde lo más concreto (comida, postre, bebida) hasta lo más metafórico (oportunidad para el encuentro, para el reencuentro, para fabricarse nuevas ilusiones, para encontrar razones para celebrar).

También está la opción más difícil, que es ir contra la corriente: Si realmente uno no encuentra sentido en las fiestas, si realmente el encuentro con la familia, el potencial encuentro con amigos, el balance, los proyectos... si TODO es tan negativo, uno puede animarse a ser diferente y no participar de las fiestas.

No lo estoy recomendando, pero estoy diciendo que existe esa opción.

Pero toda opción requiere de valor y compromiso con la propia decisión –recordemos que asumir y usar la libertad conlleva responsabilidad, a la vez que nos hace más auténticos-, ya sea ir a contramano de la mayoría o no.

Los rituales tienen esa particularidad de ser un “tiempo mágico” –o *tiempo mítico*- en donde la realidad queda como “suspendida”... Son un momento “entre”, intermedio, entre lo que fue y lo que será.

De ahí su valor potencial para cerrar y abrir puertas al mismo tiempo, valor que para aprovecharlo en serio debe asumirse con la mayor profundidad posible.

¿Qué quiero decir con esto?

- Si van a hacer un regalo, háganlo con el corazón. Más que en el precio piensen en la persona a la que se lo regalan y en si quieren realmente hacerle ese regalo.
- Si van a llevar comida o bebida a alguna celebración –o si serán anfitriones- háganlo con ganas, pensando en que todos disfruten de esa comida o esa bebida.
- Si van a brindar y pedir deseos, que sus palabras o pensamientos sean sentidos, no dichos superficialmente como un slogan.

Las fiestas en el Siglo XXI, o a esta altura de éste, tienen un particular sello en este universo virtual en redes desde el que les escribo.

Hay infinidad de ofertas de regalos para hacer que tienen que ver con las nuevas tecnologías informáticas.

Podemos hacer un *click* y comprarlas como autómatas o podemos pensarlo dos veces y comprar, no por moda u “obligación consumista”, sino por imaginar a una persona querida siendo feliz con ese objeto nuevo: ¿para comunicarse mejor?, ¿para escuchar música, jugar, ver cine, organizarse, leer y escribir? Desde la simpleza de un pen drive hasta la complejidad de una notebook, una cámara digital o un iBook, y una vastísima variedad de anexos y complementos.

También los saludos adoptan nuevas formas –o al menos se hacen posibles-, como las tarjetas virtuales, el envío de saludos en red o en mails simultáneos, las conversaciones cara a cara a kilómetros de distancia, los álbumes de fotos para compartir con quienes están lejos o con quienes estuvieron.

Tal vez nuestras vidas cotidianas, la vorágine -¿y superficialidad?- del mundo actual nos haya mantenido muy lejos, demasiado lejos, de lo que es dar, recibir, hacer, escuchar y decir con el corazón.

Circulan para las fiestas cadenas de mails escritas por desconocidos o por escritores célebres y no nos tomamos el trabajo de desmenuzar su sentido, más allá de la buena voluntad con que son enviadas.

Son más profundas unas pocas palabras rústicas pero llenas de vida que un discurso perfecto que es reenviado como si se tratara de un acto automático.

Por supuesto, también hay palabras maravillosas llenas de vida, “corazonadas”.

El secreto de las fiestas parece ser adueñárselas, no dejar que nos pasen “porque sí”.

Tal vez el sentido lo encontremos investigando sobre su sentido originario.

Tal vez lo encontremos buscando en nosotros mismos, casi como inventándolo.

Tal vez lo encontremos al transitar el momento –al estilo “se hace camino al andar”-.

Tal vez aunque no lo encontremos, el sólo hecho de estar en su búsqueda nos haga pasar un momento feliz –o al menos uno que haya valido la pena-.

Nos enojamos con las fiestas porque nos obligan a reunirnos, a replantearnos haciendo balances, a proyectar...

¿Nos tenemos que enojar con las fiestas?

¿O más bien tenemos que agradecerle por despertarnos de nuestro embotamiento cotidiano?

Porque tal vez el problema no es el reunirnos sino el no tener con quién, o el no encontrar la manera de que eso sea placentero rico.

Lo mismo vale para los balances. Y para la dificultad de imaginar un futuro feliz.

Nuestra cultura está llena de obstáculos, es cierto, de limitaciones a nuestra creatividad, a nuestra autenticidad, a un montón de cuestiones que hacen a nuestro desarrollo más pleno y a la búsqueda de sentido; pero el hecho de que los años comiencen y terminen con una celebración, no es un obstáculo. Es una gran oportunidad, en uno está elegir: cómo despedir al año que se va y cómo recibir al que llega.

Por mi parte, brindo por un mundo mejor, más tarde o más temprano.

Un mundo *en el que quepan todos nuestros mundos*.

¡Felices fiestas!

Javier Fernández Mouján
diciembre de 2011

Javier Fernández Mouján es Psicólogo de diversas áreas y corrientes integradas. También es docente tanto en los niveles primario y secundario (Escuela Del Sol, en donde también ejerce como psicólogo institucional) como en el nivel universitario (Universidad Maimónides, en la que es Coordinador de las Carreras Licenciatura en Psicología y Tecnicatura Universitaria en Consultoría Psicológica). Asimismo, es co-fundador de www.psicoterapiasonline.com